

Francisco Fuster

Introducción a la Historia



Cátedra

Francisco Fuster

Introducción a la Historia

Índice

P REFACIO . Lo dulce y lo útil

1. El conocimiento histórico

2. La metodología

3. Las fuentes

4. El oficio de historiador

5. La escritura de la historia

6. La historiografía

7. Historia y memoria

B IBLIOGRAFÍA

C RÉDITOS

A Carmen, Encarna e Ivana,
por estar siempre ahí

Amo la historia. Si no la amara, no sería historiador. Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual, resulta abominable dividir la vida en dos mitades: una reservada a la satisfacción de las necesidades primarias y otra dedicada al oficio que se desempeña sin amor. Amo la historia y es por eso que hoy estoy feliz, porque os voy a hablar de aquello a lo que amo.

Lucien Febvre,
Combates por la historia (1952)

PREFACIO

Lo dulce y lo útil

En *Pasión por la historia*, libro donde se reúnen las entrevistas que concedió a Denis Crouzet, la historiadora estadounidense Natalie Zemon Davis explicó que en el origen de su vocación estaba el asombro y el placer que sintió cuando, al empezar sus estudios, descubrió que en un mundo tan antiguo como la Grecia clásica, ya existían ideas tan modernas como la igualdad o la democracia. Al principio, cuenta la autora de *El regreso de Martin Guerre*, su curiosidad solo se sentía atraída por «ese aspecto de diferencia y semejanza» entre las sociedades pretéritas y la nuestra. Sin embargo, más adelante aprendió a observar el pasado con perspectiva histórica y se percató de que en Atenas existía algo tan poco igualitario como la esclavitud y de que la griega era una democracia de ciudadanos masculinos, en la que las mujeres no participaban (Davis, 2006: 9-10).

Si cito este ejemplo es porque creo que refleja bien la diferencia entre el estudiante o aficionado que todavía no ve el pasado con la mirada con la que lo hace un historiador, y el profesional que ya es perfectamente consciente de que, como escribió el poeta español Ramón de Campoamor, «en el mundo traidor / nada hay verdad ni mentira / todo es según el color / del cristal con que se mira». La distancia que media entre esa lectora curiosa que fue la joven Zemon Davis y la historiadora experimentada, capaz de hacernos ver que la historia —como gustaba de recordar E. P. Thompson— es la disciplina del contexto y que un mismo concepto, como el de «democracia», puede haber tenido significados muy distintos a lo largo del tiempo. De ahí la

importancia fundamental que adquiere eso que, según el también historiador estadounidense John Lewis Gaddis, es «lo más importante del quehacer de un historiador, ya sea en el aula, en las monografías académicas o incluso en intervenciones de primer plano por televisión: enseñar» (2004: 192). Y, aunque es verdad que la historia se puede aprender y enseñar de muchas maneras, una de las más frecuentes es estudiarla en cualquiera de las universidades del mundo en las que se puede cursar un grado, un posgrado o un doctorado en Historia.

Desde mi propia experiencia en una de estas universidades, primero como estudiante y ahora como profesor, uno de los problemas de los estudios de Historia es que en la mayoría de las facultades se enseña la historia, pero no se enseña a ser historiador. Y esto es así por dos motivos: primero, porque, al contrario de lo que se cree desde fuera, la historia no es tan fácil de enseñar. Un historiador no nace, sino que se hace, y eso requiere un tiempo de formación del que muchas veces no se dispone, además de una combinación equilibrada entre la adquisición de conocimientos teóricos (nombres, fechas, causas, consecuencias, etc.) y su aplicación práctica (trabajo en archivos, bibliotecas, yacimientos arqueológicos, museos, etc.), cosa que, como cualquier docente universitario podrá constatar, es difícil de lograr en el marco de unos planes de estudio tan poco flexibles. En segundo lugar, porque en la mayoría de esos planes de estudios la presencia de asignaturas de tipo teórico o metodológico es muy testimonial, cuando no inexistente. Normalmente, lo que prevalece es una concepción tradicional y ortodoxa de la enseñanza de la historia en la que se impone una visión diacrónica, por épocas cronológicas que funcionan como compartimentos estancos (Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea), y panorámica, por realidades geográficas aisladas unas de otras (Historia de España, Historia de Europa, Historia Universal). Si a eso añadimos la persistencia de un modelo de aprendizaje que, en buena

medida, sigue siendo memorístico, el resultado es que un estudiante de Historia puede graduarse sin tener nada claro cuál es la metodología de trabajo empleada por un historiador o cuáles han sido las grandes escuelas historiográficas del siglo XX .

Lo que he pretendido con este trabajo no es, como suele decirse de forma deliberadamente exagerada, rellenar un vacío existente en la bibliografía sobre esta cuestión, pues, tanto en español como en otras lenguas, disponemos de libros sobre historiografía y metodología, algunos de ellos muy buenos. No obstante, al impartir una asignatura de estas características en el primer curso del grado de Historia, a estudiantes de 18 años que proceden de la enseñanza Secundaria y que tienen un conocimiento del oficio prácticamente nulo, sí he detectado que la mayoría de dichas obras no son aptas como manuales o libros de referencia para esas materias. Ni por su extensión, ni por el utópico nivel de conocimientos que demandan a sus lectores. Es imposible desglosar un manual de 300 o 400 páginas en cuatro meses de clase, como es igualmente irreal que un estudiante de primer curso digiera en tan poco tiempo una ingente cantidad de información que tendría que proporcionarse, para ser bien asimilada y entendida, de forma gradual, distribuida en varias asignaturas a lo largo de toda la carrera.

Por eso, y siguiendo la máxima de Eugenio d'Ors según la cual «una síntesis vale por diez análisis», mi objetivo al escribir este libro ha sido facilitar a esos estudiantes de los primeros cursos del grado un breviario con algunas de las ideas básicas sobre el conocimiento histórico, las fuentes o la escritura de la historia, que cualquiera de ellos debería conocer después de cursar una de esas asignaturas introductorias sobre historiografía o metodología. Para ello, he estructurado su contenido en siete sencillos capítulos y me he esforzado a la hora de transmitir mi mensaje de forma lo más clara y concisa posible, pensando no solo en los estu-

diantes universitarios hispanohablantes, lectores potenciales e ideales de este libro, sino también en eso que, abusando del adjetivo, llamamos «gran público». En esos historiadores ya licenciados que, por el motivo que sea, no ejercen la profesión, pero quieren seguir aprendiendo; en profesores de enseñanza Secundaria que quieren refrescar algunos conocimientos o están preparando sus oposiciones; y, en definitiva, en esos lectores aficionados a la historia que son muy exigentes y que, además de leer por curiosidad, me consta que se preocupan por entender cómo trabajamos. Lo he hecho así porque estoy de acuerdo con el historiador español José Enrique Ruiz-Domènec en que, desde hace mucho tiempo, entre la gente de nuestro gremio «se abusa de la jerga, que convierte los libros en intrincadas selvas de signos lingüísticos, se exagera el uso de las notas a pie de página que a menudo superan en extensión al propio texto y se censura cualquier intento de novedad» (2006: 13).

Creo, sinceramente, que se puede ser riguroso con el vocabulario y con los conceptos, sin resultar pedante o sin caer en la mayor tentación del erudito: pretender demostrar todo lo que uno sabe y ha leído (o dice haber leído). Pienso, además, que se puede escribir un libro documentado sin necesidad de trufar el texto con centenares de notas al pie que entorpecen la lectura y que responden más al ingenuo propósito de avasallar a quienes —a estas alturas— aún se dejan impresionar por eso que al honesto deseo de reconocer la aportación a nuestro trabajo del que previamente hicieron algunos colegas. Y por supuesto, lamento que, en el gremio de los historiadores profesionales, la novedad o la originalidad sea algo que se penalice, por el simple hecho de salirse de la norma o de cuestionar las jerarquías establecidas. En este sentido, y aun siendo consciente de lo difícil que es la cuadratura del círculo, sí puedo confesar que he dedicado tantas horas a la forma como al contenido.

Mi intención, en definitiva, ha sido la de escribir un ensayo que se pueda usar como manual; o un manual que, salvando las distancias, se pueda leer como un ensayo. Como decía el poeta romano Horacio en su *Epístola a los Pisones*: aunar, en un único texto, «lo dulce con lo útil».

1

El conocimiento histórico

La mayoría de las reflexiones sobre la naturaleza de la disciplina histórica suelen partir de una primera e inevitable pregunta: ¿qué es la historia? O, siendo más precisos: ¿qué tipo de saber nos proporciona el conocimiento histórico? Planteada la cuestión, el siguiente paso consiste en determinar si la historia es o no una ciencia, en el sentido de si emplea un método científico o si, en cambio, la forma de proceder del historiador y, por tanto, sus conclusiones, no se corresponden con las de un matemático, un físico o un biólogo.

Desde esta perspectiva, y como explicó el filósofo e historiador británico R. G. Collingwood (1889-1943), la historia se emparenta con la ciencia porque ambas proporcionan un tipo de conocimiento «inferencial o razonado». Ahora bien, «mientras que la ciencia vive en un mundo de universales abstractos», de verdades que pueden —o no— haberse dado en el tiempo y en el espacio, «las cosas acerca de las cuales razona el historiador no son abstractas sino concretas, no universales sino individuales, no indiferentes al espacio y al tiempo, sino que tienen un cuándo y un dónde propios, aunque el dónde no es necesario que sea aquí y el cuándo no pueda ser ahora» (1988: 227).

Por decirlo de la forma más sencilla posible, la historia no es una ciencia, aunque comparta con las ciencias una serie de características que, de alguna manera, la emparenta con ellas. Como las llamadas «ciencias puras», la historia pretende alcanzar un conocimiento que, a través de la objetividad y el rigor crítico, se acerque lo más posible a la verdad de los hechos; esto es, construir un discurso sobre el pasa-

do en el que no quepan las opiniones subjetivas, los dogmas irracionales o las conjeturas fruto de la imaginación del historiador. Frente a la historia considerada como uno de los géneros de la literatura, ya a principios del siglo XIX nació en Alemania una historia a la que podemos aplicar la categoría de «ciencia humana», para distinguirla de lo que comúnmente conocemos como «ciencias naturales» o «ciencias exactas».

La diferencia fundamental entre la historia anterior a la Escuela Histórica Alemana y la posterior es evidente. A pesar de que, desde la aparición del griego Heródoto de Halicarnaso (484-425 a.C.), podemos decir que ha habido historiadores, no existía un gremio profesional autorizado, ni un método científico consolidado, capaces de dotar al conocimiento histórico de ese mínimo de científicidad necesario. Desde este punto de vista, nadie puede negar que fue en el siglo XIX cuando la historia tomó carta de naturaleza y adquirió el estatuto epistemológico que todavía hoy le otorgamos.

A partir de ese momento, al historiador se le exige que, usando las fuentes y la metodología apropiadas, sea capaz de elaborar un relato que resulte verosímil, aunque eso no signifique que sea cien por cien verdadero. «La historia — argumentó el historiador francés Henri-Irénée Marrou (1904-1977)— es verídica, pero de una verdad parcial. Podemos saber algo del pasado humano, pero no podemos conocer todo ese pasado» (1985: 174). A diferencia de lo que sucede con algunas de las ciencias experimentales, no hay una cámara aislada en la que podamos recrear con total fidelidad cómo se vivía en el Antiguo Egipto o qué sucedió exactamente en la batalla de Stalingrado. El historiador británico E. H. Carr (1892-1982) resumió en cinco las razones por las cuales la naturaleza epistemológica de la historia nunca podrá ser equiparada a la de las matemáticas o las ciencias naturales (2003: 139-140):

a) La historia se ocupa de hechos concretos y particulares, en tanto que las ciencias estudian lo universal. El método del historiador consiste en estudiar lo único, para ver qué hay en ello de general.

b) Aunque es verdad que la generalización tiene como objetivo que podamos comparar y, con ello, aprender del pasado lecciones que nos sirvan para entender el futuro, lo cierto es que la historia no enseña nada: no se pueden deducir de ella leyes que podamos aplicar ante un mismo fenómeno, pensando que, así, obtendremos un mismo resultado.

c) La historia nos habla del pasado, pero no puede pronosticar el futuro. La función del historiador no es predecir lo que va a pasar, aunque ello no signifique que no podamos hacer inferencias.

d) La historia es forzosamente subjetiva, desde el momento en que la hace el hombre (el sujeto) y tiene como materia de estudio al propio hombre. Como sucede con cualquier ciencia humana, en la historia, el observador influye irremediabilmente sobre el objeto observado.

e) A diferencia de la ciencia, la historia se ha visto afectada por la influencia de la religión y de la moralidad; esto es, de esferas relacionadas con la ética o con la fe, que nada tienen que ver con el empirismo de lo científico. Pese a que a menudo, lo ha sido y lo es, el historiador no debería ser un juez que opine sobre la moralidad de los sujetos históricos. Toda interpretación histórica lleva implícito un juicio de valor que jamás se permitiría en las ciencias exactas o naturales.

A mi modo de ver, fue el historiador francés Lucien Febvre (1878-1956) quien mejor supo explicar qué tipo de conocimiento es el conocimiento histórico. Lo hizo al definir la historia como «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el

marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras». Al poner el énfasis en que la historia es un saber «científicamente elaborado», el cofundador de la revista *Annales* daba por hecho que la historia requiere una metodología rigurosa, a pesar de que eso no le otorgue el estatuto de ciencia. De hecho, Febvre insistía en que, siendo el hombre «el objeto único de la historia», resulta evidente que esta no puede ser una disciplina científica, sino humana, perteneciente al mismo grupo del cual forman parte la antropología, la psicología o la lingüística. A diferencia de las ciencias naturales, la historia nunca podrá ocuparse o preocuparse por el «hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros» (1982: 40-41).

Aunque es verdad que hubo un intento de incorporar a la historia dentro del canon de las ciencias exactas, lo cierto es que fracasó. Los teóricos positivistas del siglo XIX trataron de fijar una serie de normas o requisitos para hacer de la historia una ciencia, como la física o la biología, capaz de proporcionar un saber objetivo. La tentativa más destacada de llevar a cabo este proceso fue la publicación de la *Introducción a los estudios históricos* (1897), de Charles-Victor Langlois (1863-1929) y Charles Seignobos (1854-1942). Una obra de referencia en la que estos historiadores franceses llegaban a la conclusión de que no existía la historia sin los documentos y, en consecuencia, la tarea del historiador consistía en bucear en los archivos en busca de «hechos»: de testimonios y documentos que, una vez analizados e interpretados de forma crítica, informaran con exactitud sobre unos acontecimientos que, ordenados cronológicamente, darían como resultado la historia. Al aplicar este método, el historiador podría acceder a un tipo de conocimiento de validez universal y, por tanto, de carácter inequívocamente científico.

No obstante esa buena voluntad, fue, entre otros, el historiador francés Marc Bloch (1886-1944), discípulo de Langlois y Seignobos, quien reconoció la insuficiencia del modelo positivista al explicar que, medio siglo después de la publicación de la *Introduction aux études historiques*, nuestra disciplina ya era muy vieja como relato, pero seguía siendo «una ciencia que se halla en la infancia como todas las que tienen por objeto el espíritu humano». Queriendo renunciar a su componente literario, decía el autor de *Los reyes taumaturgos* en una crítica implícita al positivismo defendido por sus maestros, la historia se había esforzado baldíamente por penetrar «debajo de los hechos de la superficie; por rechazar, después de seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común» (Bloch, 1982: 16).

En el polo opuesto al positivista está la visión de aquellos autores que no han dudado en afirmar que «la historia no es una ciencia y apenas tiene nada que esperar de las ciencias; ni explica, ni tiene método» (Veyne, 1984: 10). Con esta contundencia se expresaba el historiador francés Paul Veyne en un famoso ensayo sobre Michel Foucault y sobre el proceso de escritura de la historia en el que llegaba a la conclusión —empleando una fórmula que hizo fortuna— de que, en el fondo, la historia no es sino «una novela verdadera»: un relato de acontecimientos verdaderos, pero, al fin y al cabo, una narración que no existiría sin la intervención del historiador.

En una línea parecida, el filósofo e historiador estadounidense Hayden White (1928-2018) dedicó varias décadas de su trabajo a desarrollar una teoría según la cual la historia se opone a la ciencia por su incapacidad a la hora de generar leyes universales. En su opinión, el conocimiento histórico «es siempre un conocimiento de segundo orden, lo que significa que está basado en construcciones hipotéticas de los posibles objetos de investigación que requieren un tra-